

altar, el agua impregnada de almidón, cayó fuera del edificio y blanqueó una piedra. Un turco acertó a pasar por allí, y viendo aquella piedra, fue a declarar al cadí que los frailes habían reparado su casa. El cadí, que se trasladó a aquel paraje, decidió que la piedra que antes era negra, era entonces blanca, y sin escuchar a los frailes les impuso una crecida multa. La misma vispera de mi llegada a Jafa, el padre procurador del convento había sido amenazado con que se le azotaría, por un criado del agá, en presencia de este, que se contentó con ensortijarse tranquilamente el bigote, sin dignarse decir una palabra favorable al perro. Hé aquí el verdadero paraíso de estos frailes, que según dicen algunos viajeros, son unos pequeños monarcas en Tierra-Santa, y disfrutan de los más altos honores.

A las diez de la noche, mis bondadosos huéspedes volvieron a llevarme a mi celda siguiendo un largo corredor. Los olas se estrellaban con estruendo; cerrada la ventana parecía que bramaba la tempestad, y abierta se veían un hermoso cielo, una luna tranquila, un mar en calma, y el buque de los peregrinos surto en la rada. Los frailes se sonrieron al ver la sorpresa que me causaba aquel contraste, y les dije en mal latín: *Ecce monachis similitudo mundi: quantumcumque mare fremitum reddat, eis placida semper unda videntur; omnia tranquillitas serenae animis.*

Pasé parte de la noche contemplando el mar de Tiro, llamado por la Escritura el *Gran-Mar*, y que llevó las flotas del Rey-Profeta, cuando iban a buscar los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon; el mar donde Leviatan deja huellas como abismos (1); el mar a quien el Señor dió barreras y puertas (2); el mar que vió a Dios y retrocedió (3). Aquel mar no era el Océano salvaje del Canadá, ni las risueñas olas de la Grecia. Al Mediodía se extendía el Egipto, donde el Señor entrara en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos (4); al Norte descollaba la reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes (5): *Ululate, naves maris, quia devastata est fortitudo vestra... Atrita est civitas vanitatis, clausa est omnis domus, nullo introeunte... quia haec erunt in medio terra... quomodo si paucae olivae remanserunt excutiantur ea olea, et racemi, cum fuerit finita vindemia.* Gemid, bajeles del mar, porque vuestro poder ha sido destruido!... «La ciudad de las vanidades yace por tierra; todas sus casas están cerradas, y nadie entra en ellas... Lo que de la mano del hombre subsistirá en estos lugares será lo que algunas aceitunas que quedan en el árbol después de la cosecha; como algunos racimos que cuelgan de la vid después de la vendimia.» Hé aquí otras antigüedades explicadas por otro poeta: Isaías reemplaza a Homero.

Y esto no era aun todo; porque el mar que contemplaba bañaba a mi derecha los campos de la Galilea y a mi izquierda la llanura de Ascalon; en la primera hallaba las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador; en la segunda encontraba los recuerdos de las Cruzadas y las sombras de los héroes de la *Jerusalém*.

Grande e mirabil cosa era il vedere
Quando quel campo e questo a fronte venne
Come spiegate in ordine le schiere,
Di mover già, già d'assalire accenne:
Sparse al vento ondeggiando ire le bandiere
E ventolar su i grand cimier le penne:
Abiti, fregi impresse, e arme, e colori
D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.

«¡Cuán grandioso y admirable espectáculo era ver

(1) Job.

(2) Id.

(3) Salm.

(4) Is. cap. XIX, 1.

(5) Is. cap. XXIII, 14; XXIV, 40, 43.

los dos ejércitos avanzar frente a frente, y los batallones desplegarse en orden, impacientes por marchar, impacientes por combatir! Sueltas las banderas, ondean en los aires, y el viento agita los penachos sobre las altas cimeras. Los trajes, las franjas, las divisas, los colores, las armas de oro y de hierro reflejan los rayos del sol.»

Juan Jacobo Rousseau nos pinta el éxito de esta jornada:

La Palestine, enfin, apres tant de ravages,
Vit fuir ses ennemis, comme on voit le nuage
Dans le vague des airs fuir devant l'aquilon;
Et du vent du midi la dévorante haleine
N'a consumé qu'a peine
Leurs ossements blanchis dans les champs d'Ascalon.

No sin pesadumbre me arranqué a la contemplación de aquel mar que despierta tantos recuerdos; pero fue preciso ceder al sueño.

El padre Juan de la Concepción, párroco de Jafa y prior del convento, llegó al otro día, 2 de octubre. Yo quería recorrer la ciudad y hacer una visita al agá, que me había enviado un mensajero para complimentarme; pero el prior me hizo desistir de esta idea, diciéndome:

«No conocéis a estos hombres, y tomáis por un rasgo de urbanidad, lo que solo es un espionaje. No han venido a saludaros sino para saber quién sois, si sois rico, y si se puede robaros. ¿Queréis ver al agá? Pues bien: os será preciso empezar llevándole algunos presentes; no dejará de daros, a pesar vuestro, una escolta hasta Jerusalén; el agá de Rama aumentará esta escolta; y los árabes, persuadidos de que un opulento francés va en peregrinación al Santo Sepulcro, aumentarán los derechos de Caffaro, ú os atacarán. A la puerta de Jerusalén hallareis el campamento del bajá de Damasco, que ha venido a levantar contribuciones, antes de conducir la caravana a la Meca; vuestro aparato despertará las sospechas de este bajá, y os espondrá a una depredación. Al llegar a Jerusalén os pedirán tres ó cuatro mil pesos fuertes por la escolta; y el pueblo, noticioso de vuestra llegada, os asediara de tal manera, que aunque poseyéseis millones, no satisfaría su codicia. Las calles quedarán obstruidas a vuestro paso, y no podréis entrar en los Santos-Lugares sin peligro de ser destruido. Creedme: mañana nos disfrazaremos de peregrinos, é iremos juntos a Rama, donde recibiré la respuesta de mis avisos; si es favorable, partireis de noche, y llegareis sano y salvo con poco gasto a Jerusalén.»

El fraile apoyó sus razones con mil ejemplos, y en particular con el de un obispo polaco, a quien su aparato de riqueza espuso a perder la vida. No refiero esto sino para demostrar a qué grado llegan en este país la corrupción, la codicia, la anarquía y la barbarie.

Abandonéme, pues, a la experiencia de mis huéspedes, y me encerré en el convento, donde pasé un día agradable en conversaciones tranquilas. Allí recibí la visita de M. de Contessini, que pretendía el viceconsulado de Jafa, y de MM. Damiens, padre é hijo, franceses, antiguos habitantes de San Juan de Acre, quienes me refirieron varios hechos curiosos acerca de los últimos acontecimientos de la Siria, y me hablaron de la fama que el emperador y nuestros ejércitos han dejado en el desierto. Los hombres tienen en mas la celebridad de su patria cuando están fuera de ella que cuando la habitan; así es que se ha visto a los emigrados franceses reclamar su parte en unas victorias que parecían condenarles a un destierro perpetuo.

Pasé cinco días en Jafa a mi regreso de Jerusalén, y la examiné con la mayor minuciosidad; no debería, pues, hablar de ella sino en esta época; pero para

seguir el orden de mi marcha, consignaré aquí mis observaciones; por otra parte, después de la descripción de los Santos-Lugares, es de creer que los lectores no tomarían mucho interés en la de Jafa.

Jafa se llamaba en otro tiempo *Joppé*, lo que significa hermosa ó agradable, *pulchritudo aut decor*, según dice Adricomio. D'Anville deriva el nombre actual de Jafa de una forma primitiva de Joppé, que es Jafó. Advertire que había en el país de los hebreos otra ciudad llamada Jafa, que fue tomada por los romanos; acaso este nombre fue luego trasladado a Joppé. Si debemos creer a los intérpretes y al mismo Plinio, el origen de esta ciudad se remonta a una gran antigüedad, siendo anterior al Diluvio. Dicese que Noé entró en Joppé en el Arca; después de la retirada de las aguas, este patriarca dió en herencia a Sem, su primogénito, todas las tierras dependientes de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. Por último, Joppé, según las tradiciones del país, conserva la sepultura del segundo padre del género humano.

Según Pococke, Shaw, y acaso D'Anville, Joppé cupo en herencia a Efraim, y formó la parte occidental de esta tribu, con Ramlé y Lida. Pero otros autores, entre ellos Adricomio, Rogero, etc., sitúan a Joppé en la tribu de Dan. Los griegos extendieron sus fábulas hasta estas costas, pues decían que Joppé derivaba su nombre de una hija de Eolo, y colocaban en las inmediaciones de esta ciudad la aventura de Perseo y Andrómeda. Escauro, dice Plinio, trasladó de Joppé a Roma los huesos del monstruo marino suscitado por Neptuno. Pausanias dice que cerca de Joppé se veía una fuente donde Perseo lavó la sangre de que el monstruo le había cubierto; siendo esto la causa de que el agua de la fuente quedase teñida de encarnado. Por último, San Gerónimo refiere que en su tiempo se enseñaban aun en Joppé la roca y el anillo a que había sido atada Andrómeda.

A Joppé llegaron las flotas de Hiram, cargadas de cedros para el Templo, y en ella se embarcó el profeta Jonás, cuando huía de la presencia del Señor. Joppé cayó cinco veces en manos de los egipcios, los asirios y los diferentes pueblos que hicieron la guerra a los judíos antes de la llegada de los romanos a Asia, llegando a ser una de las once toparquias donde se adoraba al ídolo Ascalen. Judas Macabeo incendió esta ciudad, cuyos habitantes habían dado muerte a doscientos judíos. San Pedro resucitó en ella a Tabita y recibió en casa de Simon el curtidor, a los hombres que habían llegado de Cesarea. Al empezar los disturbios de la Judea, Joppé fue destruida por Cestio; y habiendo algunos piratas vuelto a levantar sus murallas, Vespasiano la saqueó de nuevo, y puso una guarnición en la ciudadela.

Hemos visto que Joppé existía cerca de dos siglos después en tiempo de San Gerónimo, que la denomina *Japho*, y luego pasó con toda la Siria al yugo de los sarracenos. Su nombre figura también en la historia de las Cruzadas. El Anónimo, que empieza la colección *Gesta Dei per Francos*, refiere que hallándose debajo de los muros de Jerusalén el ejército de los Cruzados, Godofredo de Bullon envió a Raimundo Pileto, a Acardo de Mommellou y a Guillermo de Sabran para guardar las naves genovesas y pisanas que habían llegado al puerto de Jafa. Benjamin de Tudela la menciona casi en esta misma época con el nombre de *Gapha*. Saladino la tomó a los Cruzados, y Ricardo Corazón de Leon la tomó a Saladino. Los sarracenos entraron en ella y degollaron a los cristianos. Pero en el primer viaje de San Luis a Oriente, no estaba ya en poder de los infieles, sino en el de Gualtero de Briena, que tomaba el título de conde de Jafa.

Esta ciudad tenía, bajo la dominación de los cristianos, un obispo sufragáneo de la silla de Cesarea. Cuando los caballeros se vieron obligados a abandonar enteramente la Tierra-Santa, Jafa volvió a caer con

toda la Palestina bajo el yugo de los soldanes de Egipto, y mas tarde bajo el de los turcos.

Desde esta época hasta nuestros días se halla a Joppé ó Jafa en todos los viajes a Jerusalén; pero tal cual hoy se ve no cuenta mas de un siglo de existencia, puesto que Monconys, que visitó la Palestina en 1647, solo encontró en Jafa un castillo y tres cavernas practicadas en los peñascos. Thevenot añade que los frailes de Tierra-Santa habían construido delante de estas cavernas unas barracas de madera, y que los turcos les obligaron a demolerlas. Esto explica un pasaje de la relación de un fraile veneciano, que refiere que a su llegada a Jafa se encerraba a los peregrinos en una caverna. Muchos autores están contestes relativamente a la poca estension y a la miseria de Jafa.

En M. de Volney puede verse, en lo que concierne a la moderna Jafa, la historia de los sitios que ha sufrido durante las guerras de Daher y de Ali-Bey, como también los demás detalles sobre lo esquisito de sus frutos, la hermosura de los jardines, etc. Añadiré a esto algunas observaciones.

Además de las dos fuentes de Jafa, citadas por los viajeros, hallanse aguas dulces a lo largo del mar, subiendo hacia Gaza, bastando cavar con la mano en la arena para hacer salir a la misma orilla de las olas un agua fresca; M. Contessini y yo hicimos este curioso experimento, desde el ángulo meridional de la ciudad hasta la morada de un santón que se veía a corta distancia de la costa.

Jafa, tan maltratada por las guerras de Daher, ha sufrido mucho en los últimos acontecimientos. Los franceses, a las órdenes del emperador, la tomaron por asalto en 1799, y al regresar a Egipto, los ingleses, unidos a las tropas del gran visir, construyeron un bastión en el ángulo sudeste de la ciudad. Abou-Marra, favorito del gran visir, fue nombrado gobernador de la ciudad, y Djezzar, pachá de Acre, enemigo del gran visir, puso sitio a Jafa después de la marcha del ejército otomano. Abou-Marra se defendió con denuedo por espacio de nueve meses, y halló traza de fugarse por mar. Las ruinas que se ven al Oriente de la ciudad son resultado de este sitio. Después de la muerte de Djezzar, Abou-Marra fue nombrado pachá de Gedda, en el mar Rojo. El nuevo pachá emprendió su camino a través de la Palestina; pero a causa de una de esas revueltas tan frecuentes en Turquía, se detuvo en Jafa y se negó a trasladarse a su pachalato. El pachá de Acre, Suleiman-Pachá, segundo sucesor de Djezzar, llamado Ismael-Pachá, recibió la orden de atacar al rebelde, y Jafa se vió nuevamente sitiada. Abou-Marra se refugió, después de una débil resistencia, cerca de Mahomet-Pachá-Adem, promovido entonces al pachalato de Damasco.

Espero que el lector me perdonará la aridez de estos pormenores, a causa de la importancia que Jafa tenía en otro tiempo, y de la que en estos últimos tiempos ha adquirido.

Impaciente anhelaba llegase el momento de partir para Jerusalén. El 3 de octubre, a las cuatro de la tarde, mis criados vistieron unos sayos de piel de cabra hechos en el Alto-Egipto, iguales a los de los beduinos; yo me cubrí con otro de estos sayos y montamos en unos míseros caballos. Unas albardas nos servían de sillas, y apoyábamos los pies en unos cordeles, que nos hacían veces de estribos. El prior del convento nos precedía, como un simple fraile; un árabe casi desnudo nos enseñaba el camino, y otro árabe nos seguía aguijoneando un jumentillo que conducía nuestros equipajes. Salimos por la espalda del convento y llegamos a la puerta de la ciudad por el lado del Mediodía, a través de las casas destruidas en los últimos asedios. Primero atravesamos unos jardines que debían ser encantadores antiguamente; el padre Neret y M. de Volney los han elogiado. Estos jardines han sido arrasados por los diferentes partidos que se han disputado

las ruinas de Jafa; pero quedan aun algunos granados, higueras de Faraon, limoneros, algunas palmeras, bosquecillos de nopalos y manzanos, que se cultivan tambien en las inmediaciones de Gaza, y aun en el convento del monte Sinaí.

Llegamos á la llanura de Saron, cuya hermosura celebran los Libros Sagrados (1). Cuando el padre Noret pasó por ella en abril de 1713, estaba cubierta de tulipanes, que formaban, segun dice, una agradable perspectiva. Las flores que durante la primavera matizan esta célebre campina son las rosas blancas y de olor, los narcisos, las anémonas, las azucenas blancas y amarillas, los alelies y una especie de siempre-viva muy aromática. La llanura se estiende á lo largo del mar, desde Gaza al Mediodia hasta el monte Carmelo; al Norte y al Oriente está limitada por las montañas de Judea y Samaria. Su nivel no es igual, pues forma cuatro mesas, separadas entre sí por un cordón de piedras descarnadas. El suelo es una arena menuda, blanca y roja, que no obstante su naturaleza, parece ser de estremada fertilidad. Pero, gracias al despotismo musulmán, este suelo ofrece tan solo por todas partes cardos, yerbas secas y marchitas, mezcladas con algunos mezquinos plantíos de algodón, cebada y trigo. Aquí y acullá se divisan algunas aldeas ruinosas, y algunos bosquecillos de olivos y sicomoros. En la mitad del camino de Rama á Jafa, se halla un pozo mencionado por todos los viajeros: el abate Mariti hace su historia, para procurarse el placer de oponer la utilidad de un santón turco á la inutilidad de un fraile cristiano. No lejos de este pozo se ve un olivar simétricamente plantado, y cuyo origen hace subir la tradición al tiempo de Godofredo de Bullon. Desde este lugar se descubre á Rama ó Ramlé, situada en un lugar delicioso, á la estremidad de una de las sinuosidades de la llanura. Antes de entrar en ella, dejamos el camino para visitar una cisterna, obra de la madre del emperador Constantino, y á la cual se baja por medio de veinte y siete escalones; tiene treinta y tres pasos de largo sobre treinta de ancho; está compuesto de veinte y cuatro arcos, y recibe las lluvias por medio de veinte y cuatro aberturas. Desde allí nos dirigimos, á través de un bosque de nopalos, á la torre de los Cuarenta Mártires, hoy minarete de una mezquita abandonada, y antiguo campanario de un monasterio de que quedan algunas ruinas bastante hermosas; estas ruinas consisten en una especie de pórticos bastante parecidos á los de las caballerizas de Mecenas en Tibur, y están llenos de higueras silvestres. Algunos dicen que José, la Virgen y el Niño se detuvieron en este lugar cuando huyeron de Egipto; este lugar sería ciertamente encantador para pintar en él el reposo de la Sacra-Familia; el genio de Cláudio de Lorena parece ha adivinado este paisaje, á juzgar por su admirable cuadro del palacio Doria en Roma.

Sobre la puerta de la torre se lee una inscripción árabe mencionada por M. de Volney; y muy cerca de allí hay una antigüedad milagrosa descrita por Muratori.

Después de haber visitado estas ruinas, pasamos cerca de un molino abandonado. M. de Volney lo cita como el único que vió en Siria; pero en la actualidad hay otros muchos. Bajamos á Rama, y llegamos al convento de los frailes de Tierra-Santa. Este convento habia sido saqueado cinco años antes, y me enseñaron el sepulcro de uno de los frailes que pereció en aquella ocasión. Los religiosos acababan de conseguir al fin con mucho trabajo, el permiso de hacer en su monasterio los reparos mas indispensables.

En Rama me esperaban faustas nuevas: hallé en ella á un dragoman del convento de Jerusalén, que el guar-

dian enviaba á mi encuentro. El jefe árabe á quien los frailes debían avisar y que debía servirme de escolta, vagaba á poca distancia en el campo, porque el agá de Rama no permitía á los beduinos entrar en la ciudad. La tribu mas poderosa de las montañas de Judea reside en la ciudad de Jeremias, y abre y cierra á su capricho el camino de Jerusalén á los viajeros. El scheik de esta tribu habia muerto hacia poco; y dejara á su hijo Utman bajo la tutela de su tío Abou-Gosh: este tenia dos hermanos, Djiaber é Ibrahim-Habd-el-Rouman, que me acompañaron á mi regreso.

Convínose en que partiría á media noche. Como el día no habia terminado aun, cenamos en las azoteas que forman el techo del convento. Los monasterios de Tierra-Santa se asemejan á unas fortalezas pesadas y planas, que en nada se parecen á los monasterios de Europa. Allí disfrutábamos de una vista encantadora; las casas de Rama son unas chozas de yeso que terminan en una pequeña cúpula como la de una mezquita, ó la del sepulcro de un santón, están colocadas en un bosque de olivos, de higueras y de granados, y rodeadas de altos nopalos que presentan figuras caprichosas, y confunden en desórden unas sobre otras sus espinosas copas. En el centro de este informe grupo de árboles y casas descuellan las mas hermosas palmeras de la Idumea; habia una de estas en el patio del convento que no me cansaba de admirar; alzábase, á manera de columna, á la altura de treinta pies, y esparcía elegantemente sus flexibles ramas, debajo de las cuales colgaban los dátiles medio maduros, cual cristales de coral.

Rama es la antigua Arimatea patria del aquel justo que tuvo la gloria de dar sepultura al Salvador. En Lod, Lydda ó Dióspolis, aldea á media legua de Rama, obró San Pedro el milagro de la curación del paralítico. Por lo que respecta á Rama, bajo el punto de vista del comercio, el lector puede consultar las *Memorias* del baron de Tott, y el *Viaje* de Mr. de Volney.

Salimos de Rama en la noche del 4 de octubre. El prior nos llevó por caminos apartados, al punto en donde nos esperaba Abou-Gosh, y luego regresó á su convento. Nuestra comitiva se componia del jefe árabe, del dragoman de Jerusalén, de mis dos criados y del beduino de Jafa, que guiaba el asno cargado con el equipaje. Conservábamos el vestido y el aspecto de unos pobres peregrinos latinos; pero debajo de los trajes llevábamos nuestras armas.

Después de cabalgar una hora por un terreno desigual, llegamos á unos tugurios situados en lo alto de una eminencia pedregosa. Atravesamos una de las prominencias de la llanura, y después de otra hora de marcha, llegamos á la primera ondulacion de las montañas de Judea, y rodeamos un barranco que ceñia un aislado y árido montecillo. En la cima de este descubriase una misera poblacion arruinada, y las piedras esparcidas de un cementerio abandonado; esta poblacion se llama *Latroun* ó del Ladron, es pues patria del criminal que se arrepintió sobre la cruz, y que dió á Jesucristo la ocasion de su último acto de misericordia. Tres millas mas allá, entramos en las montañas. Seguimos primero el cauce seco de un torrente; la luna, reducida á la mitad de su disco, alumbraba escasamente nuestros pasos en aquellas profundidades, en las que los jabalies hacían resonar en nuestro derredor unos gruñidos en extremo salvajes. Al ver tanta desolacion, comprendí el por qué la hija de Jetté queria llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á gemir sobre los lugares elevados. Al amanecer nos hallamos en un laberinto de montañas cónicas, casi iguales y enlazadas por su base. El peñasco que formaba el fondo de estas montañas penetraba la tierra. Sus fajas y sus cornisas paralelas estaban dispuestas á manera de las gradas de un anfiteatro romano, ó como esas paredes en escalones, con que se sostienen las viñas en los valles de la

Saboya (1). En cada ángulo saliente del peñasco crecian gran número de encinas enanas, de bojés y adelfas. En el fondo de los barrancos descollaban muchos olivos, y algunas veces estos árboles formaban bosquecillos enteros en las laderas de las montañas, en donde oíamos chillar á diferentes aves y entre otras á los grajos. Al llegar al punto mas culminante de esta cordillera, descubrimos á nuestra espalda (á Mediodia y Occidente) la llanura de Saron hasta Jafa, y el horizonte del mar hasta Gaza; á nuestra vista (Norte y Oriente) se ensanchaba el valle de San Jeremias; y en la misma direccion, sobre el vértice de una roca, descubriase á lo lejos una antigua fortaleza, llamada el *Castillo de los Macabeos*. Créese que el autor de las *Lamentaciones* nació en el lugar que conserva su nombre en medio de aquellas montañas (2). Es cierto que la tristeza de aquellos lugares traspora, por decirlo así, en los cánticos del profeta de los dolores.

No obstante, al acercarnos á San Jeremias, me consolé un poco al ver un espectáculo inesperado. Algunos rebaños de cabras, de orejas colgantes, de carneros de cola larga, y de asnos que en su hermosura me recordaban el onagro de las Escrituras, salian del lugar al rayer el día. Muchas mujeres árabes hacían secar las uvas en las viñas; algunas tenían el rostro cubierto con un velo, y llevaban sobre su cabeza un cántaro de agua, como las hijas de Madian. El humo del lugar subia á manera de un vapor blanco á los primeros albos del nuevo día: oíanse voces confusas, cantos y gritos de alegría; esta escena formaba un agradable contraste con la desolacion del lugar y los recuerdos de la noche. Nuestro jefe árabe habia recibido de antemano el derecho que la tribu exige á los viajeros, y pasamos sin obstáculo. Súbitamente llamaron mi atención estas palabras, distintamente pronunciadas en francés: «¡Adelante! ¡Marchen!» Volví absorto la cabeza, y ví una turba de muchachos árabes enteramente desnudos, que hacían el ejercicio con palos de palmera. No puedo definir cierto antiguo recuerdo de mi primera juventud, que me atormenta; que cuando se me habla de un soldado francés, mi corazón palpita con vehemencia; pero ver á unos niños beduinos imitar en las montañas de Judea los ejercicios militares franceses, y conservar los recuerdos del valor de estos; oírles pronunciar esas palabras que son, por decirlo así, las palabras de órden de los ejércitos de la Francia, y las únicas que saben sus granaderos, era motivo suficiente para conmovér á un hombre, aunque amase menos que yo la gloria de su patria. No me asusté tanto como Robinson cuando oyó hablar á su papagayo; pero no me alegré menos que él. Di algunas monedas al juvenil batallón, diciéndole: «¡Adelante! ¡Marchen!» Y para no olvidar cosa alguna, le grité: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» como los compañeros de Godofredo y de San Luis.

Del valle de Jeremias bajamos al de Terebinto, mas profundo y estrecho que el primero; en él se ven algunas viñas y otros vejetales. Llegamos al torrente donde David tomó, siendo aun niño, las cinco piedras con que hirió al gigante Goliath. Pasamos este torrente por un puente de piedra, único que se encuentra en aquellos desiertos lugares; el torrente conserva aun alguna agua estancada. No lejos de allí, á mano izquierda, debajo de una aldea llamada *Kaloni*, ví entre unas ruinas mas modernas los restos de una construccion antigua. El abate Mariti atribuye este monumento á no sé qué frailes. Este error es grosero para un viajero italiano. Si la arquitectura de este monumento no es hebraica, es seguramente romana; el aplomo, el tallado y el volúmen de las piedras no dejan sobre esto la menor duda.

(1) Del mismo modo se las sostenia antiguamente en Judea.
(2) Esta tradicion del país no puede resistir un juicio crítico.

Después de haber pasado el torrente, descúbrese la aldea de Keriet-Lefta en la margen de otro torrente seco, parecido á un espacioso camino cubierto de polvo. El-Biré se muestra á lo lejos en la cima de una erguida montaña, en el camino de Nablous, Nabolos ó Nabolosa, la Siquem del reino de Israel, y la Neapolis de los Herodes.

Continuamos penetrando en un desierto donde algunas higueras silvestres, sembradas aquí y acullá, estendian al viento del Mediodia sus negruzcas hojas. La tierra, que hasta entonces habia conservado algun verdor, se despojó de él; las vertientes de las montañas se ensancharon y adquirieron á la vez un aspecto mas imponente y estéril. En breve murió la vejetacion, y hasta los musgos desaparecieron. El anfiteatro de las montañas se tiñó de un color escarlata y encendido. Trepamos por espacio de una hora aquellas tristes regiones, para llegar á un desfiladero que teníamos á la vista. Al tocar este punto, caminamos por espacio de otra hora por un terreno alto y sembrado de cantos rodados. De improviso descubrí á la estremidad de este terreno una línea de murallas góticas, flanqueadas por algunas torres cuadradas, detrás de las cuales se elevaban algunos remates de edificios. Al pié de estas murallas se veia un campamento de caballeria turca en toda la pompa oriental. El guia exclamó: «¡El-Cods!» ¡La Santa (Jerusalén)! y huyó al galope.

Ahora comprendo lo que los historiadores y los viajeros refieren de la sorpresa de los Cruzados y peregrinos, á la primera vista de Jerusalén.

Puedo asegurar que todo aquel que, como yo, haya tenido la paciencia de leer cerca de doscientas relaciones modernas de Tierra-Santa, las compilaciones rabínicas, y los pasajes de los antiguos acerca de la Judea, aun no concibe esto completamente. Quedé con los ojos fijos en Jerusalén, midiendo con ellos la altura de sus murallas; recibiendo á la vez todos los recuerdos de la historia desde Abraham hasta Godofredo de Bullon; pensando que todo el mundo habia cambiado de faz por la mision del Hijo del Hombre, y buscando en vano aquel templo del que *no queda piedra sobre piedra*. Aunque viviese mil años, nunca olvidaria aquel desierto que parece respira aun la grandeza de Jehová y los terrores de la muerte.

Los gritos del dragoman que me decia estrechásemos nuestra comitiva, porque íbamos á entrar en el campamento, me hicieron salir del estupor en que me habia sumergido la vista de los Lugares Santos. Pasamos entre las tiendas de campaña, compuestas de pieles de ovejas negras; habia tambien algunos pabellones de tela rayada, entre otros el del pachá. Los caballos ensillados y embriados estaban atados á unas estacas. Causóme alguna sorpresa ver cuatro piezas de artilleria de á lo mo, bien montadas, y cuyo cureñage me pareció inglés. Nuestro mezquino equipaje y nuestros vestidos de peregrinos escitaban la risa de los soldados. Al acercarnos á las puertas de la ciudad, el pachá salia de ella.

Vime precisado á quitarme apresuradamente el pañuelo que habia estendido sobre mi sombrero, para librarme del sol, pues temia atraerme una desgracia parecida á la del pobre José en Tripoliza.

Entramos en Jerusalén por la puerta de los Peregrinos. Mas allá de esta puerta se eleva la torre de David, mas conocida con el nombre de la *Torre de los Pisanos*. Pagamos el tributo, y seguimos la calle que se presentaba á nuestra vista; luego volviendo hácia la izquierda, entre una especie de cárceles de yeso, llamadas casas, llegamos á las doce y veinte y dos minutos del día al monasterio de los padres latinos, que estaba invadido por los soldados de Abdallah, quienes se hacían entregar todo lo que se les antojaba.

Es preciso hallarse en la situacion de los frailes de Tierra-Santa, para comprender el placer que les causó mi llegada; pues se creyeron salvos por la presencia

(1) Véanse los *Mártires*, lib. XVII.

de un solo francés. Entregué al padre Buenaventura de Nola, guardian del convento, una carta del general Sebastiani. «Señor, me dijo el guardian, la Providencia os trae aquí. ¿Teneis firmanes de camino? Permittednos que los enviemos al pachá; y sabiendo que hay un francés en el convento, nos juzgará especialmente protegidos por el emperador. El año anterior nos obligó á pagar sesenta mil pesos; y segun costumbre, solo le debemos cuatro mil, y aun á título de mero presente. Este año intenta arrancarnos una suma igual, y nos amenaza con entregarse á los mayores escesos, sino la aprontamos. Nos veremos, por lo tanto, precisados á vender los vasos sagrados, porque há cuatro años que no recibimos ninguna limosna de Europa; y si esto continúa, tendremos que abandonar la Tierra-Santa, y entregar á los mahometanos el sepulcro de Jesucristo.»

Mucho me complació poder hacer este pequeño favor al guardian. Pedíle, no obstante, me dejase ir al Jordan antes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viaje siempre peligroso, pues Abdallah hubiera podido hacerme asesinar en el camino y declinar la responsabilidad sobre los árabes.

El padre Clemente Perés, procurador general del convento, hombre muy instruido, de talento claro, cultivado y agradable, me condujo al aposento de honor de los peregrinos. Allí dejé mi equipaje, y me preparé á salir de Jerusalén algunas horas despues de haber entrado. Y no obstante, necesitaba mas del reposo que de pelear con los árabes del mar Muerto. Mucho tiempo hacia que recorría tierra y mar para llegar á los Santos-Lugares; y no bien tocaba al término de mi viaje, cuando me alejaba nuevamente de él. Pero erei que debía este sacrificio á unos religiosos que hacen un continuo sacrificio de sus bienes y su vida. Por otra parte, hubiera podido conciliar el interés de los frailes con mi seguridad, renunciando á ver el Jordan, pues solo en mí consistía poner límites á mi curiosidad.

Mientras esperaba el momento de la partida, los frailes empezaron á cantar en la iglesia del monasterio. Pregunté la causa de aquellos cantos, y supe que se celebraba la festividad del santo patron de la Orden. Acordéme entonces que nos halláramos en el 4 de octubre, día de San Francisco, mi natalicio y santo. Corri al coro, y oré por el descanso de la que en otro tiempo me habia dado la vida en igual día: *Paries liberos in dolore*. Considero como una felicidad que mi primera oracion en Jerusalén no haya sido por mí. Yo miraba con respeto á aquellos frailes, que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del sepulcro de Jesucristo, y me sentia enternecido á la vista de aquella débil pero invencible milicia, única que habia quedado guardando el Santo Sepulcro, cuando los reyes lo han abandonado.

El padre guardian envió á buscar un turco llamado *Ali-Agá*, para que me acompañase á Belém. Este *Ali-Agá* era hijo de un agá de Rabala, decapitado en tiempo del tirano Djezzar. *Ali* se hallaba en Jericó, hoy *Rihha*, y se llamaba gobernador de este lugar. Era un hombre de cabeza y de arrojo, de quien quedé muy complacido, y que empezó haciéndonos dejar á mi y á mis criados el vestido árabe para reemplazarlo con el francés.

A las cinco de la tarde nos trajeron tres buenos caballos; Miguel, el dragoman del convento se reunió á nosotros. Allí se puso á nuestra cabeza, y nos encaminamos á Belém, donde debíamos pernoctar y tomar una escolta de seis árabes. Yo habia leído que el guardian de San Salvador era el único franco que tenia el privilegio de entrar á caballo en Jerusalén, y me causaba alguna sorpresa el verme galopar ginele en una yegua árabe; pero despues he sabido que cualquier viajero puede hacer lo mismo por su dinero. Salimos de Jerusalén por la puerta de Damasco, y

luego volviendo hácia la izquierda y atravesando los barrancos que cercan el monte Sion, trepamos unas montañas por cuyas cimas caminamos durante una hora. Dejamos á Jerusalén al Norte, á nuestra espalda; teníamos al Poniente las montañas de Judea; y al Levante, mas allá del mar Muerto, las de la Arabia. Pasamos luego al convento de San Elias; y bajo un olivo y sobre una peña, á la orilla del camino, el lugar donde este profeta descansaba, cuando iba á Jerusalén. A una legua mas allá, entramos en el campo de Rama, donde se halla el sepulcro de Raquel, monumento de planta cuadrada, terminada en una pequeña cúpula, y que goza de los privilegios de una mezquita, pues los turcos, honran como los árabes, las familias de los patriarcas. Las tradiciones cristianas convienen en colocar el sepulcro de Raquel en este lugar, y la crítica histórica es favorable á esta opinion; pero á pesar de Thevenot, Monconys, Rogerio y tantos otros, no puedo reconocer un monumento antiguo en lo que actualmente se llama el *Sepulcro de Raquel*, que es, á no dudarlo, una construcción turca destinada á un santón.

En la montaña descubrimos las luces de Rama (porque era de noche). El silencio era profundo en nuestro derredor. Sin duda, en una noche semejante se oyó de repente la voz de Raquel: *Vox in Rama audita est; ploratus et ululatus multus Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt*. Aquí quedan vencidas la madre de Astianax y la de Euriale; Homero y Virgilio ceden á Jeremias la palma del dolor.

Llegamos á Belém por un camino estrecho y escabroso; llamamos á la puerta del convento, y la alarma cundió entre los religiosos, porque nuestra visita era inesperada, y el turbante de *Ali* esparcía á la sazón el terror; pero pocas palabras bastaron para disipar la inquietud.

Belém recibió su nombre de Abraham; y este nombre significa la *Casa de Pan*. Llamóse tambien *Ephrata* (*fructifera*) del nombre de la mujer de Caleb, para distinguirla de otra Belém, de la tribu de Zabulon. Pertenecía á la de Judá, y se llamó tambien *Ciudad de David*, pues era patria de este rey, quien en su niñez habia guardado en ella sus rebaños. Abissan, séptimo juez de Israel; Elimelec, Obed, Jessé y Booz, nacieron tambien en Belém, y en ella es preciso colocar la admirable égloga de Ruth. El apóstol San Matias tuvo asimismo la dicha de nacer en la misma ciudad que el Mesías.

Los primeros fieles habian erigido un oratorio en el pesebre que sirvió de cuna al Salvador; pero Adriano lo hizo derribar, para sustituirlo con una estatua de Adonis. Santa Elena destruyó el ídolo, y mandó construir en el mismo lugar una iglesia, cuya arquitectura se confunde hoy con las diferentes partes añadidas por los príncipes cristianos. Nadie ignora que San Gerónimo se retiró á Belém, que conquistada por los Cruzados, volvió á caer con Jerusalén bajo el yugo infiel; pero ha sido el objeto constante de la veneracion de los peregrinos. Algunos santos religiosos, que viven sufriendo un martirio continuo, la han guardado por espacio de siete siglos. Por lo que respecta á la moderna Belém, puede consultarse á Mr. de Volney, en cuanto á su suelo, producciones y habitantes. Sin embargo, no he hallado en el valle de Belém la feracidad que se le atribuye; es verdad que bajo el gobierno turco, el terreno mas fértil se convierte en un desierto en pocos años.

El 5 de octubre, á las cuatro de la mañana, empecé á recorrer los monumentos de Belém. Aunque estos han sido descritos muchas veces, el asunto es tan interesante, que no puedo dejar de entrar en algunos pormenores.

El convento de Belém está contiguo á la iglesia por un patio cerrado de altas paredes. Atravesamos este

patio, y una puerta lateral nos abrió el paso á la iglesia. Esta, ciertamente es muy antigua, y aunque ha sido destruida y reparada muchas veces, conserva las señales de su origen griego; su forma es la de una cruz. La larga nave, ó el pié de la cruz, está adornada con cuarenta y ocho columnas de orden corintio, colocadas en cuatro filas. Estas columnas tienen dos pies y seis pulgadas de diámetro, y diez y ocho pies de altura, comprendiendo la basa y el capitel. Como falta la bóveda de esta nave, las columnas sostienen únicamente un friso de madera que reemplaza el arquitecivo, y suple el techo del edificio. Una armazón de madera al aire libre, se apoya en la parte alta de estas paredes y se levanta á manera de cúpula para sostener una techumbre que ya no existe, y que nunca ha sido concluida. Dícese que este maderamen es de cedro, pero esto es un error. En las paredes hay grandes ventanas, y en otro tiempo estaban adornadas con cuadros de mosaicos y con pasajes del Evangelio, escritos en caracteres griegos y latinos; todavia se ven algunas señales de ellos. Cuaresmo inserta la mayor parte de estas inscripciones. El abate Mariti encarece con acritud una equivocacion de este santo religioso, relativamente á una fecha; un hombre muy sabio puede incurrir en un error; pero el que lo publica sin miramiento ni decoro, prueba menos su ciencia que su vanidad.

Los restos de los mosaicos que se descubren aquí y acullá, son interesantes para la historia del arte; pues presentan en general figuras colocadas de frente, en pié, rígidas, sin movimiento y sin sombra; pero su efecto es magestuoso, y su carácter noble y severo. Al examinar aquellas pinturas, no pude dejar de acordarme del respetable Mr. de Agincourt, que escribe en Roma la *Historia de las artes del dibujo en la edad media*, y que hallaria en Belém preciosos materiales para su obra.

La secta cristiana de los armenios posee la nave que acabo de describir. Esta nave está separada de los otros tres brazos de la cruz por una pared; de manera que la iglesia no presenta unidad alguna. Cuando se ha pasado esta pared, el viajero se halla en frente del santuario y del coro que ocupa la parte superior de la cruz; se sube á él desde la nave por medio de tres escalones, y en él se ve un altar dedicado á los Magos. En el pavimento, y al pié de este altar se ve una estrella de mármol; la tradicion dice que esta estrella corresponde al punto del cielo donde se detuvo la estrella milagrosa que guió á los tres reyes. Lo que en esto hay de cierto es que el lugar en donde nació el Salvador del mundo se halla perpendicularmente debajo de esta estrella de mármol, en la iglesia subterránea del Pesebre, de la que diré algunas palabras. Los griegos ocupan el santuario de los Magos, y tambien las otras dos naves formadas por las dos estremidades del travesero de la cruz. Estas dos naves están vacías y sin altares.

Dos escaleras de caracol, compuestas cada una de quince escalones, se abren á uno y otro lado del coro de la iglesia exterior, y bajan á la subterránea, colocada debajo de aquel. Este es el lugar, eternamente reverenciado, del nacimiento del Salvador. Antes de entrar en él, el superior me dió un cirio y me hizo una breve exhortacion. Aquella santa gruta es de forma irregular, porque ocupa el sitio irregular del establo y del Pesebre. Tiene treinta y siete pies y medio de largo, once y tres pulgadas de ancho, y nueve de alto. Está practicada en la piedra; sus paredes están cubiertas de mármol, y el pavimento de la gruta es igualmente de un mármol precioso. Estos ricos adornos se atribuyen á Santa Elena. La iglesia no recibe luz alguna de la exterior, y solo está alumbrada por la de treinta y dos lámparas, enviadas por diferentes príncipes cristianos. En el fondo de la gruta, hácia el Oriente, está el lugar donde la Virgen dió á

luz al Redentor de los hombres. Este lugar está señalado con un mármol, incrustado en jaspe, y rodeado de una orla de plata con unos rayos en forma de sol, en torno del cual se leen estas palabras:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESUS CHRISTUS NATUS EST.

Una mesa de mármol, que sirve de altar, se apoya en la piedra, y se levanta sobre el lugar donde nació el Mesías. Este altar está alumbrado por tres lámparas, la mas hermosa de las cuales ha sido regalada por Luis XIII.

A siete pasos de allí, hácia el Mediodia, y despues de haber pasado la entrada de una de las escaleras que suben á la iglesia superior, se halla el Pesebre. Bájase á él por dos escalones, porque no está al nivel del resto de la gruta: es una bóveda de escasa altura practicada en el peñasco; un trozo de mármol blanco que sobresale un pié del suelo, y escavado en forma de cuna, indica el mismo lugar donde el Rey del cielo esluvo acostado sobre la paja.

José partió tambien de la ciudad de Nazaret, que está en Galilea y se trasladó á Judea, á la ciudad de David, llamada Belém, porque era de la casa y familia de David.

»Para hacerse empadronar con su esposa María, que estaba embarzada.

»Mientras se hallaban en este lugar, sucedió que se cumplió el tiempo en que debía parir;

»Y parió su primer hijo; y habiéndole envuelto en sus mantillas, le acostó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en la posada (1).»

A dos pasos, enfrente del Pesebre, hay un altar que ocupa el lugar donde María estaba sentada cuando presentó el hijo de los dolores á la adoracion de los Magos.

»Habiendo Jesús nacido en Belém, ciudad de la tribu de Judá, en tiempo del rey Herodes, unos Magos fueron del Oriente á Jerusalén.

»Y preguntaron: ¿Dónde está el rey de los judios, que acaba de nacer? porque hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido á adorarle.

»Y al mismo tiempo, la estrella que habian visto en Oriente caminaba delante de ellos, hasta que, llegando al lugar donde estaba el Niño, se detuvo.

»Cuando vieron la estrella, se sintieron arrebatados de alegría.

»Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su madre, y arrodillándose le adoraron; luego abriendo sus tesoros, le ofrecieron como presentes oro, incienso y mirra (2).»

Nada hay mas agradable ni que mas devocion inspire que esa iglesia subterránea, que se muestra enriquecida con cuadros de las escuelas italiana y española. Estos cuadros representan los misterios de aquellos lugares, Virgenes y Niños de Rafael; algunas Anunciaciones, la Adoracion de los Magos, la Venida de los Pastores, y todos esos milagros en que brillan á la par la grandeza y la inocencia. Los ornamentos diarios del Pesebre son de raso azul, recamado de plata, y el incienso humea sin cesar delante de la cuna del Salvador.

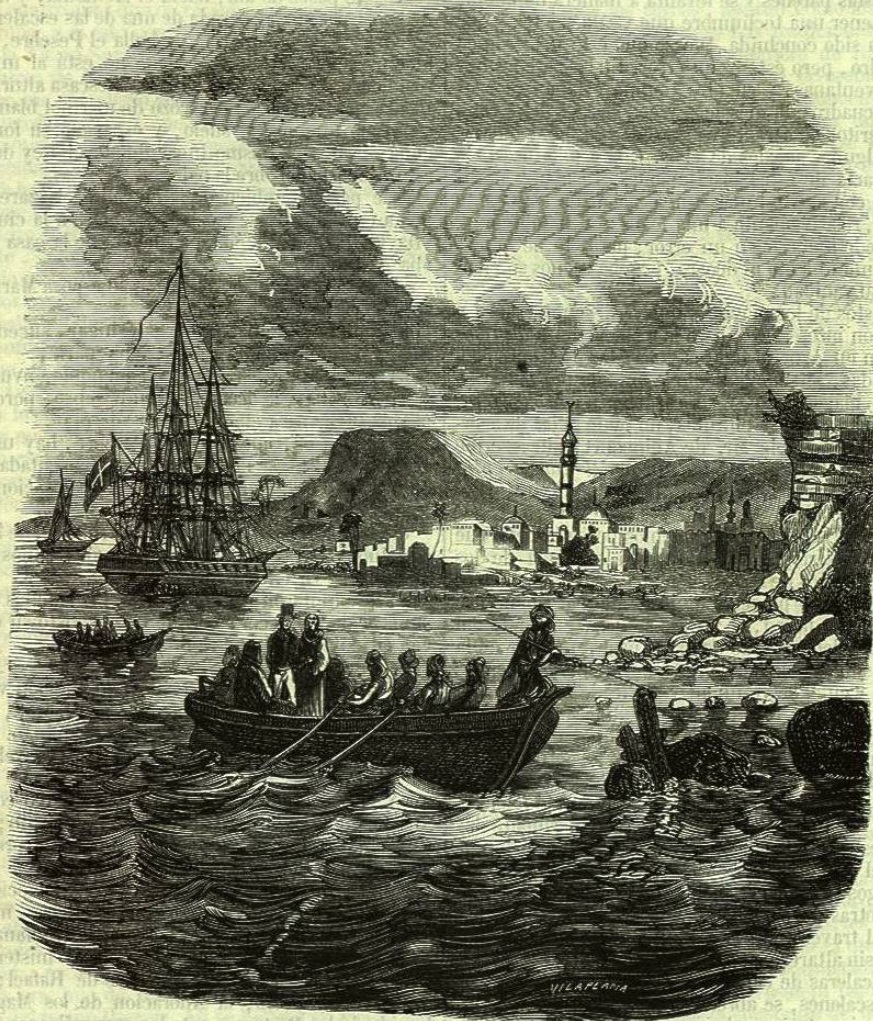
He oido un órgano, tocado con maestría, resonar durante la misa con las armonías mas dulces y tiernas de los mas hábiles compositores de Italia. Estos acordes encantan al árabe cristiano, que dejando pacer sus camellos, va, como los antiguos pastores de Belém, á adorar al Rey de los reyes en su pesebre. He visto á este habitante del desierto comulgar en el altar de los Magos, con un fervor, una piedad y una religion des-

(1) San Lucas.

(2) San Mateo.

conocidas de los cristianos de Occidente. «Ningun lugar en el universo, dice el padre Neret, inspira mas devocion... La llegada continua de las caravanas de todas las naciones cristianas, las oraciones publicas, las adoraciones... la riqueza misma de los presentes que los principes cristianos han enviado alli... todo esto escita en el alma ideas y emociones mas á propósito para ser sentidas que espresadas.»

Añadamos que un contraste extraordinario hace estas cosas aun mas maravillosas; porque, al salir de la gruta donde se han hallado la riqueza, las artes y la religion de los pueblos civilizados, el viajero se ve trasladado á una soledad profunda, en medio de las chozas árabes, entre unos salvajes medio desnudos y unos musulmanes sin fe. Y, no obstante, aquellos lugares son los mismos donde se obraron tantas mara-



VILAPLANA

villas; pero esa Tierra-Santa no se atreve ya á hacer brillar esteriormente su alegría, y oculta en su seno los recuerdos de su gloria.

Bajamos luego de la gruta de la Natividad á la capilla subterránea donde la tradicion coloca la sepultura de los Inocentes: «Herodes envió á degollar en Belém y en todo el pais comarcano á todos los niños de edad de dos años y aun menos; entonces se cumplió lo

LLEGADA Á JAJA.

que habia sido predicho por el profeta Jeremias: *Vox in Rama audita est.*»

La capilla de los Inocentes nos condujo á la gruta de San Gerónimo; en ella se ven el sepulcro de este doctor de la Iglesia; el de San Eusebio, y los de Santa Paula y Santa Eustoquia.

San Gerónimo pasó la mayor parte de su vida en esta gruta, desde la que vió la caída del imperio ro-

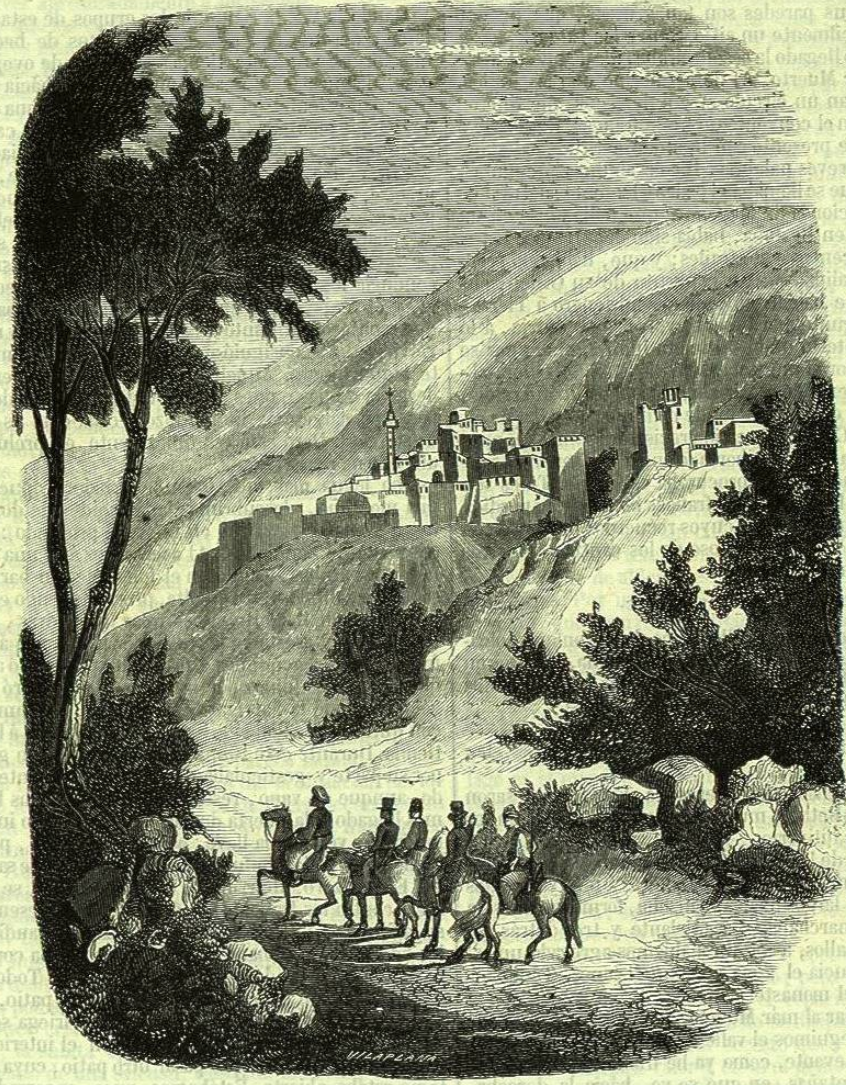
mano; en ella recibió á aquellos fugitivos patricios, que despues de haber poseido los mas suntuosos palacios de la tierra, se creyeron dichosos en participar de la celda de un cenobita. La paz que el santo gozaba y las profundas agitaciones del mundo, producen un efecto maravilloso en las cartas del sabio intérprete de la Escritura.

Santa Paula y su hija Santa Eustoquia eran dos principales damas romanas de la familia de los Gracos

y los Escipiones, que abandonaron las delicias de Roma, para ir á vivir y morir en Belém en la práctica de las virtudes monásticas. Su epitafio, hecho por San Gerónimo, no tiene bastante mérito y es harto conocido para ser trasladado aquí:

Scipio, quam genuit, etc.

En el oratorio de San Gerónimo se ve un cuadro en que este santo conserva el aire de cabeza que le atri-



VILAPLANA

BELÉM.

buyen el pincel del Carrachio y del Dominiquino. Otro cuadro representa á Santa Paula y Santa Eustoquia. Estas dos herederas de Escipion están pintadas difuntas en un mismo ataúd. El pintor, obedeciendo á una idea tierna, ha dado á entrambas santas una semejanza completa; solo se distingue la hija de la madre por su juventud y su velo blanco; una ha caminado

mas tiempo y la otra con mas rapidez en la senda de la vida, pero llegaron al puerto al mismo tiempo.

Entre los muchos cuadros que se ven en aquellos lugares santos y que ningun viajero ha descrito, he creído reconocer algunas veces los toques místicos y el tono inspirado de Murillo. Seria bastante extraño que un gran maestro tuviese en el Pesebre 6 en el